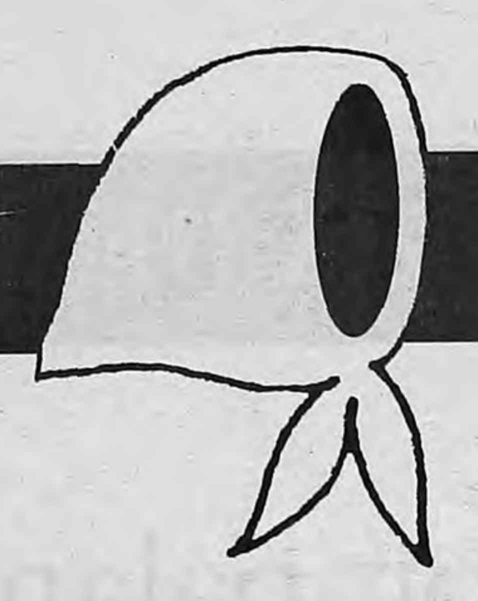
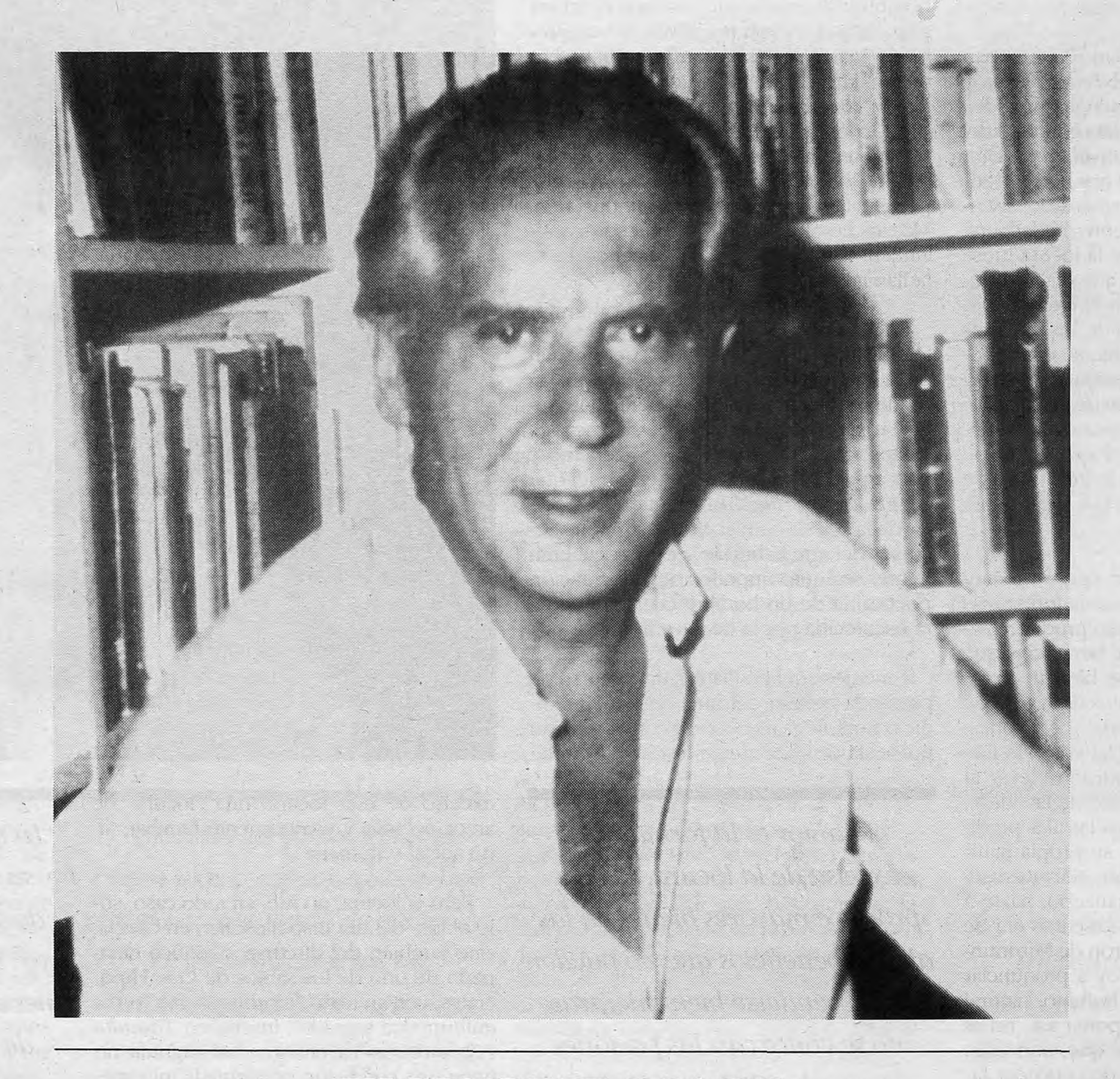


ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

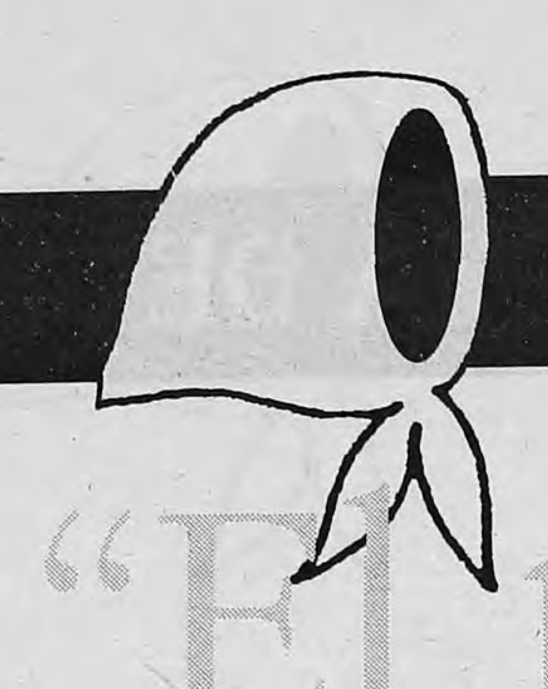
Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



ENRIQUE MARI

"El terror, palanca de la enfermedad mental"

Página/12



"El terror, palanca de l

ENRIQU

A fin de abordar este tema es quizá de interés advertir que existen distintos tipos de locura estudiados a lo largo del tiempo no sólo por profesionales de la psiquiatría, psicólogos, psicoanalistas y médicos profesionales especializados específicamente, sino por historiadores, filósofos, sociólogos, habiendo sido objeto de análisis, asimismo, desde la perspectiva del arte, la literatura y la poesía. Las elaboraciones, difieren, desde luego, en función de los distintos propósitos perseguidos. Existen, así, distintas aprehensiones de la locura y quizá resulte útil comenzar por un breve recorrido histórico de esos tipos, comenzando por la llamada "locura divina".

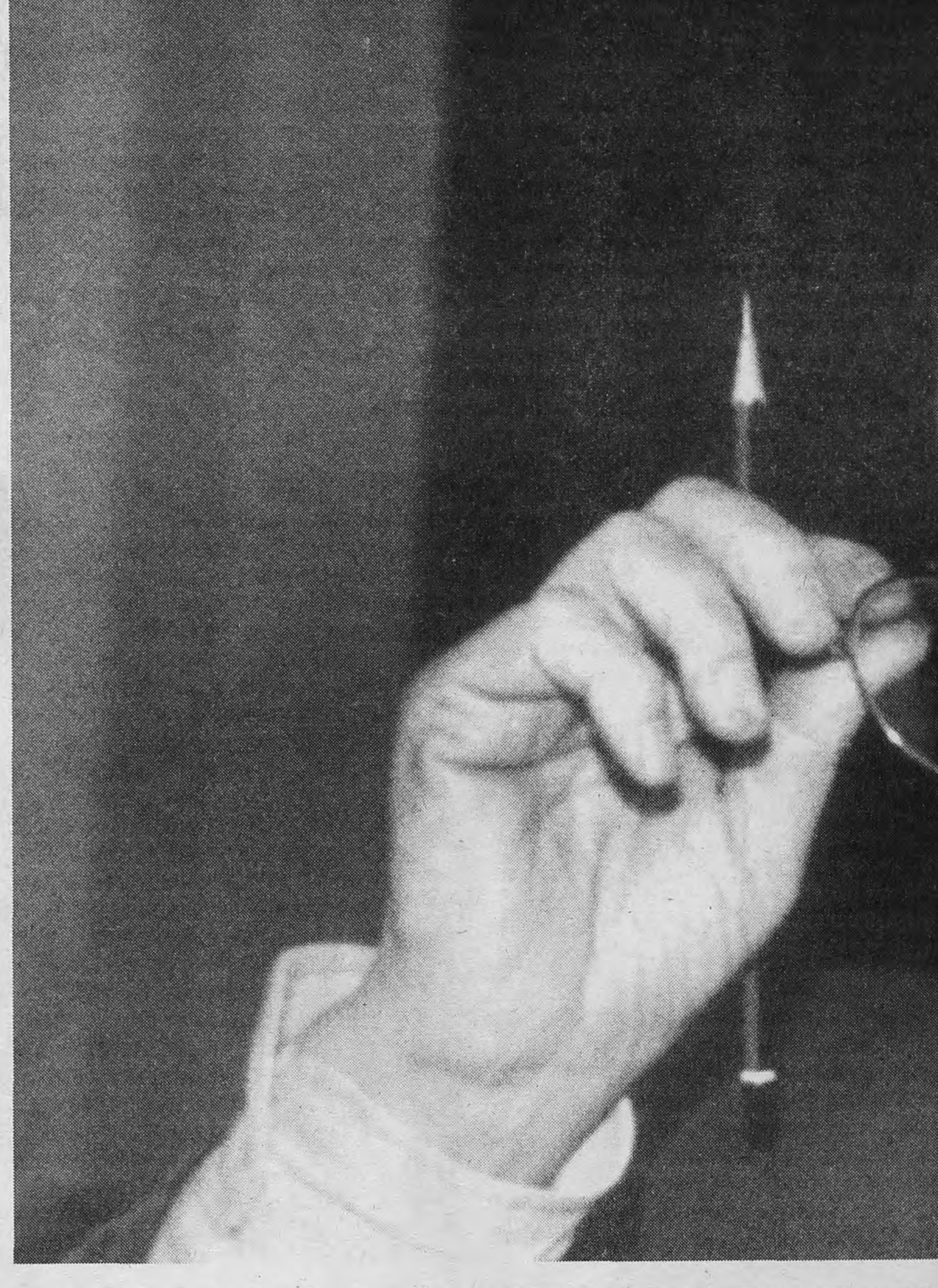
Filósofos de la antigüedad se ocupaban de ella como Platón en el *Fedro*. Les voy a leer un pasaje para que tengan una idea de sus disquisiciones. El tema concreto del *Fedro* es el amor, junto con *El Banquete y el Fedón*. Platón considera por boca de Sócrates que el amor, que había sido discriminado antes por ser una enfermedad, una locura, en el supuesto que la locura fuese siempre un mal, lo que va a ser negado, se considera una locura de origen divino, fuente para la humanidad de los mayores bienes. Como locura divina, se contrapone a la locura humana causada por trastornos funcionales, y opera en tres instancias: permite la predicción del porvenir, tal como ocurre con la mántica en estado de trance y posesión; habilita la institución de los misterios por los profetas, y es fuente de inspiración poética.

Aquí tenemos el primer tipo, la locura del origen divino. El amor es la forma más excelsa de la locura, la que produce mayores bienes en las almas, beneficios que no pueden comprenderse bien mientras no se conozcan las pasiones derivadas de la naturaleza del alma y sus operaciones. La divina locura del eros, tal como la formula Sócrates tiene por misión elevar al hombre al mundo inteligible de las ideas, hacerle recuperar a su alma las alas perdidas, reintegrarla, en fin, a su propia naturaleza. En un pasaje del texto, Sócrates asevera: "Pues bien, bello mancebo, hazte a la idea de que el anterior discurso era de Fedro, hijo de Pitocles, varón de Mirrinunte, mientras que el que voy a pronunciar es de Estesícoro, hijo de Eufemo, natural de Hímera. Y se ha de exponer así: 'no es cierto el decir' que afirme que, aun existiendo enamorado, se ha de conceder favor al no enamorado, precisamente porque uno está loco, y el otro en su sano juicio. Si fuera una verdad simple el que la locura es un mal, se diría esto con razón. Pero el caso es que los bienes mayores se nos originan por locura, otorgada ciertamente por divina donación. En efecto, tanto la profetisa de Delfos como las sacerdotisas de Dodona es en estado de locura en el que han hecho a la Hélade, privada y públicamente, muchos hermosos beneficios, en tanto que el de cordura, pocos o ninguno. Y si enumeráramos a la Sibila y a los demás que, empleando un tipo de mántica por rapto divino, predijeron a muchos muchas cosas para el futuro y acertaron, nos extenderíamos exponiendo lo que es evidente para todo el mundo. Lo que no obstante, sí es digno de aducirse como testimonio es que tampoco aquellos hombres de antaño que pusieron nombres a las cosas tuvieron por deshonra u oprobio la 'manía'; pues, de otro modo, no hubieran llamado 'mánica' a esa bellísima arte con la que se discierne el futuro, enlazándola con dicho nombre. Por el contrario, fue en la idea de que era algo bello, cuando se produce por divino privilegio, porque tal denominación le impusieron. Mas los hombres de ahora en su desconocimiento de lo bello, introduciendo la 't', la llamaron "mántica"".

Entre los bellos efectos que asigna a la locura están, por cierto, los que emanan de la locura poética. La locura que procede de las Musas que, al apoderarse un alma tierna la despierta y la transporta en los cantos, como en los restantes géneros y educa para la posteridad. "Pues aquél que *sin la locura de las Musas* llegue a las puertas de la poesía convencido que por los recursos del arte habrá de ser un poeta eminente, será uno imperfecto, y su creación poética, la de un hombre cuerdo, quedará oscurecida por la de los enloquecidos".

Tenemos aquí en Platón, un discurso de profunda belleza del que, pese a su condición mitológica enlazada con la religión politeísta de su contexto histórico, se pueden extraer ya algunas no remotas consecuencias en el plano de lo político en nuestro país. Como se recuerda, desde la primera época en que se desató en la Argentina el terror de la dictadura militar un grupo de madres comenzaron sus rondas en la Plaza de Mayo. Recordemos que estos militares crearon la categoría del "desaparecido", para ocultar con el silencio sus actos repudiables; esta categoría se convirtió empero, en forma instantánea, en un éxito pírrico pues madres y abuelas se reapropiaron de la categoría haciendo con ella el símbolo y la motivación más profunda de su lucha. Pues bien, de este mismo modo, digo, la dictadura manifestó su temor y su deseo de desprestigio, hablando de las "locas de Plaza de Mayo". Estamos, ahora, en condiciones de conocer el carácter excelso de esta locura, una "locura" de amor no sólo y estrictamente familiar, sino social y humana.

> *"El amor es la forma más excelsa de la locura, la que produce mayores bienes en las almas, beneficios que no pueden comprenderse bien mientras no se conozcan las pasiones derivadas de la naturaleza del alma y sus operaciones."*



Pero la locura, no fue, en todo caso, sólo objeto del discurso filosófico en Grecia, sino también del discurso científico emanado de uno de los sabios de Cos: Hipócrates, con su texto "morbus sacrus" o "La enfermedad sagrada", inserto en *Tratados Hipocráticos*. La enfermedad sagrada no tiene una condición privilegiada, ni especial en cuanto a su relación con lo divino. No hay en ella nada de sobrenatural; es divina por cuanto, como las demás enfermedades, procede de una naturaleza, a la que este principio de la divinidad es inmanen- te, como lo habían indicado ya algunos fi- lósofos presocráticos. La apreciación de to- do lo divino, y por lo tanto de todo lo hu- mano, típico del pensamiento hipocrático no denota un panteísmo de contornos in- ciertos sino la idea de la existencia de un mundo ordenado de causas que se pue- den absorber por este aspecto divino (des- pojado de personalidad) confinado en la inmanencia y ofrecido al mundo de la com- prensión del hombre, sus ciencias y su téc- nica.

> *"La dictadura manifestó su temo y su deseo de desprestigio hablan do de las 'locas de Plaza de Ma- yo'. Estamos, ahora, en condicio nes de conocer el carácter excels de esta locura, una 'locura' de amor no sólo familiar, sino social y humana."*

En realidad "morbus sacrus" se refería más a la epilepsia que a la locura, pero co- mo la epilepsia carecía en griego de un nombre específico esto explica el sustitu-



"El terror, palanca de la enfermedad mental"

ENRIQUE MARI



A fin de abordar este tema es quizá de interés advertir que existen distintos tipos de locura estudiados a lo largo del tiempo no sólo por profesionales de la psiquiatría, psicólogos, psicoanalistas y médicos profesionales especializados específicamente, sino por historiadores, filósofos, sociólogos, habiendo sido objeto de análisis, asimismo, desde la perspectiva del arte, la literatura y la poesía. Las elaboraciones, difieren, desde luego, en función de los distintos propósitos perseguidos. Existen, así, distintas aprehensiones de la locura y quizá resulte útil comenzar por un breve recorrido histórico de esos tipos, comenzando por la llamada "locura divina".

Filósofos de la antigüedad se ocupaban de ella como Platón en el *Fedro*. Les voy a leer un pasaje para que tengan una idea de sus disquisiciones. El tema concreto del *Fedro* es el amor, junto con *El Banquete y el Fedón*. Platón considera por boca de Sócrates que el amor, que había sido discriminado antes por ser una enfermedad, una locura, en el supuesto que la locura fuese siempre un mal, lo que va a ser negado, se considera una locura de origen divino, fuente para la humanidad de los mayores bienes. Como locura divina, se contrapone a la locura humana causada por trastornos funcionales, y opera en tres instancias: permite la predicción del porvenir, tal como ocurre con la mántica en estado de trance y posesión; habilita la institución de los misterios por los profetas, y es fuente de inspiración poética.

Aquí tenemos el primer tipo, la locura del origen divino. El amor es la forma más excelsa de la locura, la que produce mayores bienes en las almas, beneficios que no pueden comprenderse bien mientras no se conozcan las pasiones derivadas de la naturaleza del alma y sus operaciones. La divina locura del eros, tal como la formula Sócrates tiene por misión elevar al hombre al mundo inteligible de las ideas, hacerle recuperar a su alma las alas perdidas, reintegrarla, en fin, a su propia naturaleza. En un pasaje del texto, Sócrates asevera: "Pues bien, bello mancebo, hazte a la idea de que el anterior discurso era de Fedro, hijo de Pitocles, varón de Mirrinunte, mientras que el que voy a pronunciar es de Estesícoro, hijo de Eufemo, natural de Hímera. Y se ha de exponer así: 'no es cierto el decir' que afirme que, aun existiendo enamorado, se ha de conceder favor al no enamorado, precisamente porque uno está loco, y el otro en su sano juicio. Si fuera una verdad simple el que la locura es un mal, se diría esto con razón.

Pero el caso es que los bienes mayores se nos originan por locura, otorgada ciertamente por divina donación. En efecto, tanto la profetisa de Delfos como las sacerdotisas de Dodona es en estado de locura en el que han hecho a la Hélade, privada y públicamente, muchos hermosos beneficios, en tanto que el de cordura, pocos o ninguno. Y si enumeráramos a la Sibila y a los demás que, empleando un tipo de mántica por rapto divino, predijeron a muchos muchas cosas para el futuro y acertaron, nos extenderíamos exponiendo lo que es evidente para todo el mundo. Lo que no obstante, sí es digno de aducirse como testimonio es que tampoco aquellos hombres de antaño que pusieron nombres a las cosas tuvieron por deshonra u oprobio la 'manía'; pues, de otro modo, no hubieran llamado 'mánica' a esa bellísima arte con la que se discierne el futuro, enlazándola con dicho nombre. Por el contrario, fue en la idea de que era algo bello, cuando se produce por divino privilegio, porque tal denominación le impusieron. Mas los hombres de ahora en su desconocimiento de lo bello, introduciendo la 't', la llamaron "mántica'".

Entre los bellos efectos que asigna a la locura están, por cierto, los que emanan de la locura poética. La locura que procede de las Musas que, al apoderarse un alma tierna la despierta y la transporta en los cantos, como en los restantes géneros y educa para la posteridad. "Pues aquél que *sin la locura de las Musas* llegue a las puertas de la poesía convencido que por los recursos del arte habrá de ser un poeta eminente, será uno imperfecto, y su creación poética, la de un hombre cuerdo, quedará oscurecida por la de los enloquecidos".

"El amor es la forma más excelsa de la locura, la que produce mayores bienes en las almas, beneficios que no pueden comprenderse bien mientras no se conozcan las pasiones derivadas de la naturaleza del alma y sus operaciones."

Tenemos aquí en Platón, un discurso de profunda belleza del que, pese a su condición mitológica enlazada con la religión politeísta de su contexto histórico, se pueden extraer ya algunas no remotas consecuencias en el plano de lo político en nuestro país. Como se recuerda, desde la primera época en que se desató en la Argentina el terror de la dictadura militar un grupo de madres comenzaron sus rondas en la Plaza de Mayo. Recordemos que estos militares crearon la categoría del "desaparecido", para ocultar con el silencio sus actos repudiables; esta categoría se convirtió empero, en forma instantánea, en un éxito pírrico pues madres y abuelas se reapropiaron de la categoría haciendo con ella el símbolo y la motivación más profunda de su lucha. Pues bien, de este mismo modo, digo, la dictadura manifestó su temor y su deseo de desprestigio, hablando de las "locas de Plaza de Mayo". Estamos, ahora, en condiciones de conocer el carácter excelso de esta locura, una "locura" de amor no sólo y estrictamente familiar, sino social y humana.

Pero la locura, no fue, en todo caso, sólo objeto del discurso filosófico en Grecia, sino también del discurso científico emanado de uno de los sabios de Cos: Hipócrates, con su texto "morbus sacrus" o "La enfermedad sagrada", inserto en *Tratados Hipocráticos*. La enfermedad sagrada no tiene una condición privilegiada, ni especial en cuanto a su relación con lo divino. No hay en ella nada de sobrenatural; es divina por cuanto, como las demás enfermedades, procede de una naturaleza, a la que este principio de la divinidad es inmanente, como lo habían indicado ya algunos filósofos presocráticos. La apreciación de todo lo divino, y por lo tanto de todo lo humano, típico del pensamiento hipocrático, no denota un panteísmo de contornos inciertos sino la idea de la existencia de un mundo ordenado de causas que se pueden absorber por este aspecto divino (despojado de personalidad) confinado en la inmanencia y ofrecido al mundo de la comprensión del hombre, sus ciencias y su técnica.

"La dictadura manifestó su temor y su deseo de desprestigio hablando de las 'locas de Plaza de Mayo'. Estamos, ahora, en condiciones de conocer el carácter excelso de esta locura, una 'locura'de amor no sólo familiar, sino social y humana."

En realidad "morbus sacrus" se refería más a la epilepsia que a la locura, pero como la epilepsia carecía en griego de un nombre específico esto explica el sustituto al que recurre Hipócrates. Verdadero creador del pensamiento científico, se levanta contra la banalidad del método de curación, consistente en purificaciones y conjuros, con que la tratan quienes en el fondo vienen a negarla. Con sus palabrerías y maquinaciones, los charlatanes fingen saber algo superior, invocando lo divino y lo demoníaco. Se las ingenian e inventan muchos y varios trucos en cualquier asunto achacándole la enfermedad a un dios en cada manifestación de la dolencia. No inculpan a uno sólo sino a varios. Conque si un loco imita a una cabra, dicen que la responsable es la Madre de los Dioses. (Observemos, al pasar, que en el lenguaje ha perdurado la expresión: "está más loco que una cabra"). Si grita de modo fuerte y agudo lo asimilan a un caballo y afirman que el responsable es Poseidón. Si se les escapa algún excremento, lo que sucede muchas veces, se le aplica el sobrenombre de la Diosa Enodia, pero si es más repetido y menudo, como los pájaros el de Apolo Nomio. Si echa espuma por la boca y da coces, Ares tiene la culpa. Los que tienen terrores nocturnos, espantos y delirios y dan saltos en la cama y se escapan de sus casas (como le ocurrirá muchos siglos después al juez Schreber) dicen que sufren ataques de Hécate. "Porque purifican a los poseídos por la enfermedad con sangre y otras cosas semejantes, como si tuvieran alguna mancha de sangre, o fueran criminales, o hechizados por otros hombres, o hubieran cometido algún sacrilegio. Y deberían hacer lo contrario con ellos, hacer sacrificios y rogativas y llevarlos a los templos para suplicar a los dioses".

"Cuando las poblaciones se hacen más compactas, de lo que se trata es de sacarse de encima a los locos dándolos a los navegantes, para que los lleven a otros lados, cometiéndose la hipocresía de pretender ignorar que eran arrojados al mar."

Hipócrates anuncia lo importante que la gente sepa que nuestros placeres, gozos, risas y juegos no proceden de otro lugar sino del cerebro, y lo mismo las penas, las amarguras, sinsabores y llantos. Pero pese a todos sus esfuerzos por aplicar criterios científicos a la enfermedad, tanto a la epilepsia, como a la locura, durante siglos pervivió en gran parte este tratamiento tanto afuera como en el interior de los asilos.

En su *Historia de la locura en la época clásica*, Michel Foucault ha estudiado muy bien los distintos períodos históricos en que las sociedades se ocuparon de la locura con distinta actitud. Es un libro muy importante pues constituyó originariamente la tesis doctoral de Foucault. En su percepción la historia de la insania cambia dramáticamente desde fines del siglo XV, época en la que el loco se movía con libertad y se lo veía incluso con respeto, hasta nuestra época en que se lo confina en asilos, y se lo trata como un enfermo, circunstancia que el autor visualiza como el triunfo de una "equivocada filantropía". Lo que parecía la aplicación humana e ilustrada del conocimiento científico, aparece como una forma sutil de control social, influyendo en gran parte en el planteo de la "antipsiquiatría", grupo formado por R. D. Laing, David Cooper y Thomas Szasz. Importantes académicos franceses como Bachelard, Braudel y Barthes, manifestaron ya en 1961, fecha de su publicación, su admiración por la audacia de sus tesis, aunque el Tribunal, en particular Georges Canguilhem, sin desconocer la calidad de la obra finalmente aprobada se encontró desconcertado por su intuición central de que la locura es un producto de relaciones sociales y no una realidad biológica independiente. En parte, la opinión de Foucault es la de Enrique Pichon-Rivière consignada en el libro *Vicente Zito Lema Conversaciones con Enrique Pichón- Rivière sobre el arte y la locura*, donde a la siguiente pregunta: "Muchas veces ha dicho Ud. que, básicamente, la enfermedad mental es un problema de comunicación. Es sabido que, en tanto hecho complejo, inciden en él numerosos e incluso cambiantes factores. Aun así ¿cree factible precisar la causa principal, común a la mayoría de los casos de alienación?", el psicoanalista intersistémico y psiquiatra, estudioso de Lautréamont y sus Cantos de Maldoror, responde: "Sí; ese factor morbígeno es la sociedad. Y por supuesto que dentro de los conflictos sociales encuadro los familiares, en tanto la familia es la célula permanente de cualquier comunidad. Claro está que el impacto de la causa difiere según el individuo y la ubicación de ese individuo en el mundo". Para Pichon-Rivière la psiquiatría conforma una nueva problemática, que lo conduce, como dice su texto principal, del psicoanálisis al psicoanálisis social, en el que efectúa un detallado estudio a la epilepsia por su impacto en el grupo comunitario, le atribuye carácter "sorprendente", "sobrecogedora", y sigue siendo una enfermedad envuelta en un oscurantismo medieval, a la que ya no le atribuimos caracteres místicos o demoníacos, pero sigue siendo una enfermedad vergonzante cuya mayoría de los casos no se registra en estadísticas.

En cuanto a Derrida, por su parte, aplicó a Foucault el mismo cargo con que éste sancionara a *Elogio de la locura* de Erasmo, a saber: no poder elogiar la locura sin castrarla. Erasmo de quien se recuerda el Encomio de la Estulticia y su afirmación de que, para ésta, cuanto más estulta es una persona "Tanto más feliz es, con tal que se contenga en esta especie de locura que no es peculiar y que, además, está tan extendida, que no sé si en el conjunto de todos los mortales podría encontrarse a alguien que se mantuviese cuerdo a todas horas y no estuviese poseído de alguna especie de locura. La diferencia entre una y otra locura radica en que la gente llama loco a aquel que imagina que una calabaza es una mujer, puesto que ellos les sucede a poquísimas personas. En cambio aquél que ensalza a su mujer a la que tiene en común con muchos otros, como si fuese Penélope y la ensalza en tono mayor, se engaña dulcemente y no habrá nadie que le llame loco, pues que ésta es cosa que les ocurre en general a todos los maridos".

"Todo lo que la locura tenía de oscura manifestación cósmica en Bosco, desaparece en Erasmo. La locura ya no acecha al hombre desde los cuatro puntos cardinales; constituye una relación sutil que el hombre mantiene consigo mismo."

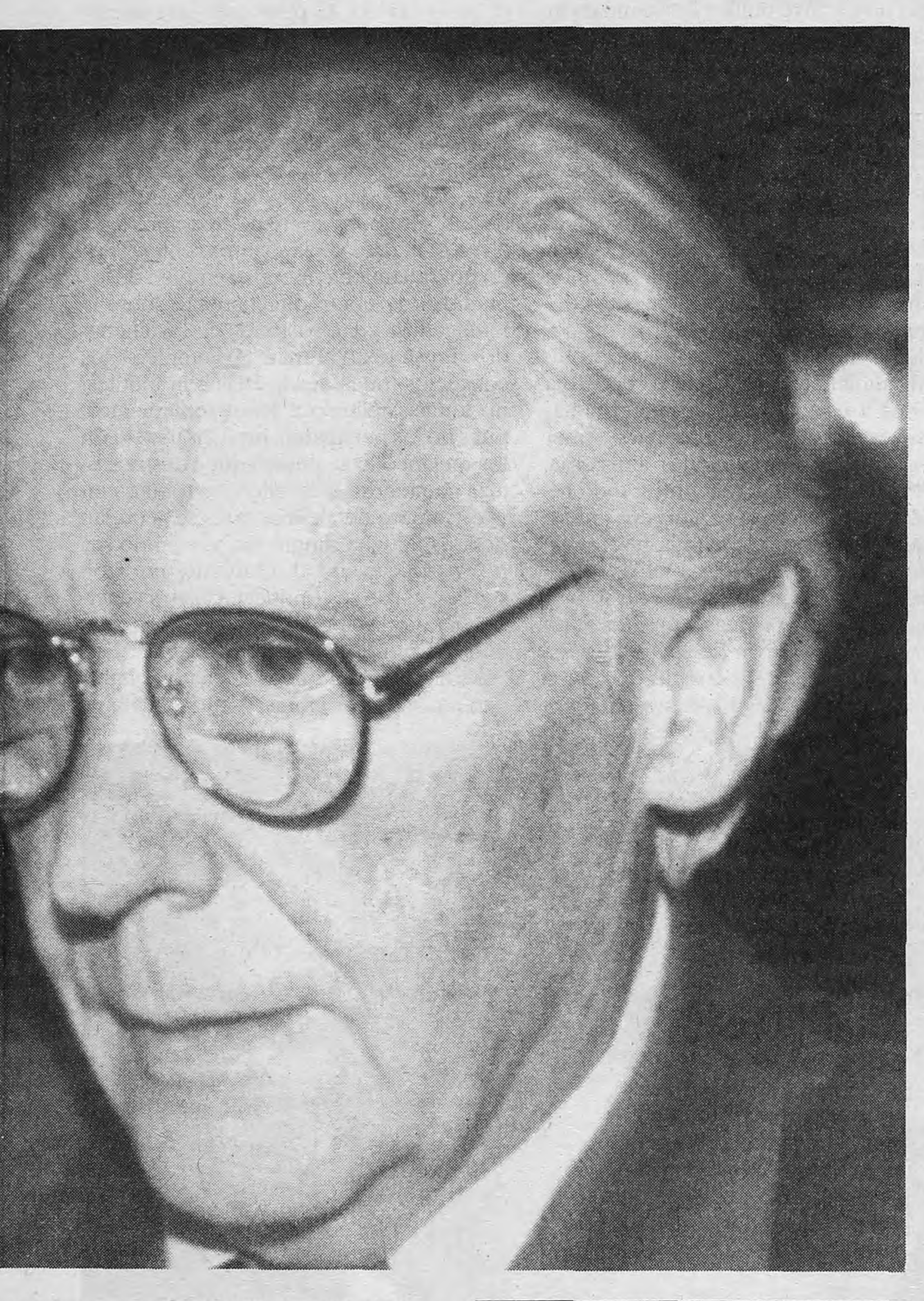
En el registro de Foucault, en un primer momento, los locos eran objeto de burlas por los niños que los perseguían, con la tenacidad y perversidad propia de este estado de su desarrollo. Cuando las poblaciones y las ciudades se hacen más compactas, de lo que se trata es de sacarse de encima a los locos dándolos a los navegantes, para que los lleven a otros lados con el pago de un dinero, cometiéndose la hipocresía de pretender ignorar que eran arrojados al mar. Aparece el período que Foucault llama de la Nave de los Locos, inspirado en el cuadro de Jerónimo Bosco. La Narrenschiff o Stultifera Navis, propia de un nuevo período.

Todo lo que la locura tenía de oscura manifestación cósmica en Bosco, desaparece en Erasmo. La locura ya no acecha al hombre desde los cuatro pun- ▶

la enfermedad mental"

edad mental"

JE MARI



to al que recurre Hipócrates. Verdadero creador del pensamiento científico, se levanta contra la banalidad del método de curación, consistente en purificaciones y conjuros, con que la tratan quienes en el fondo vienen a negarla. Con sus palabrerías y maquinaciones, los charlatanes fingen saber algo superior, invocando lo divino y lo demoníaco. Se las ingenian e inventan muchos y varios trucos en cualquier asunto achacándole la enfermedad a un dios en cada manifestación de la dolencia. No inculpan a uno sólo sino a varios. Conque si un loco imita a una cabra, dicen que la responsable es la Madre de los Dioses. (Observemos, al pasar, que en el lenguaje ha perdurado la expresión: "está más loco que una cabra"). Si grita de modo fuerte y agudo lo asimilan a un caballo y afirman que el responsable es Poseidón. Si se les escapa algún excremento, lo que sucede muchas veces, se le aplica el sobrenombre de la Diosa Enodia, pero si es más repetido y menudo, como los pájaros el de Apolo Nomio. Si echa espuma por la boca y da coces, Ares tiene la culpa. Los que tienen terrores nocturnos, espantos y delirios y dan saltos en la cama y se escapan de sus casas (como le ocurrirá muchos siglos después al juez Schreber) dicen que sufren ataques de Hécate. "Porque purifican a los poseídos por la enfermedad con sangre y otras cosas semejantes, como si tuvieran alguna mancha de sangre, o fueran criminales, o hechizados por otros hombres, o hubieran cometido algún sacrilegio. Y deberían hacer lo contrario con ellos, hacer sacrificios y rogativas y llevarlos a los templos para suplicar a los dioses".

"Cuando las poblaciones se hacen más compactas, de lo que se trata es de sacarse de encima a los locos dándolos a los navegantes, para que los lleven a otros lados, cometiéndose la hipocresía de pretender ignorar que eran arrojados al mar."

Hipócrates anuncia lo importante que la gente sepa que nuestros placeres, gozos, risas y juegos no proceden de otro lugar sino del cerebro, y lo mismo las penas, las amarguras, sinsabores y llantos. Pero pese a todos sus esfuerzos por aplicar criterios científicos a la enfermedad, tanto a la epilepsia, como a la locura, durante siglos pervivió en gran parte este tratamiento tanto afuera como en el interior de los asilos.

En su *Historia de la locura en la época clásica*, Michel Foucault ha estudiado muy bien los distintos períodos históricos en que las sociedades se ocuparon de la locura con distinta actitud. Es un libro muy importante pues constituyó originariamente la tesis doctoral de Foucault. En su percepción la historia de la insania cambia dramáticamente desde fines del siglo XV, época en la que el loco se movía con libertad y se lo veía incluso con respeto, hasta nuestra época en que se lo confina en asilos, y se lo trata como un enfermo, circunstancia que el autor visualiza como el triunfo de una "equivocada filantropía". Lo que parecía la aplicación humana e ilustrada del conocimiento científico, aparece como una forma sutil de control social, influyendo en gran parte en el planteo de la "antipsiquiatría", grupo formado por R. D. Laing, David Cooper y Thomas Szasz. Importantes académicos franceses como Bachelard, Braudel y Barthes, manifestaron ya en 1961, fecha de su publicación, su admiración por la audacia de sus tesis, aunque el Tribunal, en particular Georges Canguilhem, sin desconocer la calidad de la obra finalmente aprobada se encontró desconcertado por su intuición central de que la locura es un producto de relaciones sociales y no una realidad biológica independiente. En parte, la opinión de Foucault es la de Enrique Pichon-Rivière consignada en el libro *Vicente Zito Lema Conversaciones con Enrique Pichón- Rivière sobre el arte y la locura*, donde a la siguiente pregunta: "Muchas veces ha dicho Ud. que, básicamente, la enfermedad mental es un problema de comunicación. Es sabido que, en tanto hecho complejo, inciden en él numerosos e incluso cambiantes factores. Aun así ¿cree factible precisar la causa principal, común a la mayoría de los casos de alienación?", el psicoanalista intersistémico y psiquiatra, estudioso de Lautréamont y sus Cantos de Maldoror, responde: "Sí; ese factor morbígeno es la sociedad. Y por supuesto que dentro de los conflictos sociales encuadro los familiares, en tanto la familia es la célula permanente de cualquier comunidad. Claro está que el impacto de la causa difiere según el individuo y la ubicación de ese individuo en el mundo". Para Pichon-Rivière la psiquiatría conforma una nueva problemática, que lo conduce, como dice su texto principal, del psicoanálisis al psicoanálisis social, en el que efectúa un detallado estudio a la epilepsia por su impacto en el grupo comunitario, le atribuye carácter "sorprendente", "sobrecogedora", y sigue siendo una enfermedad envuelta en un oscurantismo medieval, a la que ya no le atribuimos caracteres místicos o demoníacos, pero sigue siendo una enfermedad vergonzante cuya mayoría de los casos no se registra en estadísticas.

En cuanto a Derrida, por su parte, aplicó a Foucault el mismo cargo con que éste sancionara a *Elogio de la locura* de Erasmo, a saber: no poder elogiar la locura sin castrarla. Erasmo de quien se recuerda el Encomio de la Estulticia y su afirmación de que, para ésta, cuanto más estulta es una persona "Tanto más feliz es, con tal que se contenga en esta especie de locura que no es peculiar y que, además, está tan extendida, que no sé si en el conjunto de todos los mortales podría encontrarse a alguien que se mantuviese cuerdo a todas horas y no estuviese poseído de alguna especie de locura. La diferencia entre una y otra locura radica en que la gente llama loco a aquel que imagina que una calabaza es una mujer, puesto que ellos les sucede a poquísimas personas. En cambio aquél que ensalza a su mujer a la que tiene en común con muchos otros, como si fuese Penélope y la ensalza en tono mayor, se engaña dulcemente y no habrá nadie que le llame loco, pues que ésta es cosa que les ocurre en general a todos los maridos".

En el registro de Foucault, en un primer momento, los locos eran objeto de burlas

"Todo lo que la locura tenía de oscura manifestación cósmica en Bosco, desaparece en Erasmo. La locura ya no acecha al hombre desde los cuatro puntos cardinales; constituye una relación sutil que el hombre mantiene consigo mismo."

por los niños que los perseguían, con la tenacidad y perversidad propia de este estado de su desarrollo. Cuando las poblaciones y las ciudades se hacen más compactas, de lo que se trata es de sacarse de encima a los locos dándolos a los navegantes, para que los lleven a otros lados con el pago de un dinero, cometiéndose la hipocresía de pretender ignorar que eran arrojados al mar. Aparece el período que Foucault llama de la Nave de los Locos, inspirado en el cuadro de Jerónimo Bosco. La Narrenschiff o Stultifera Navis, propia de un nuevo período.

Todo lo que la locura tenía de oscura manifestación cósmica en Bosco, desaparece en Erasmo. La locura ya no acecha al hombre desde los cuatro pun- ▶

tos cardinales; se insinúa en el hombre, constituye una relación sutil que el hombre mantiene consigo mismo. La Edad Media había colocado a la locura en la jerarquía de los vicios. La locura conduce el alegre coro de las debilidades humanas, reina sobre todo aquello que hay de malo en el hombre. El mal no es castigo o fin de los tiempos, sino falta y defecto. La circulación de los locos, el ademán que los expulsa, su partida y embarquè tienen su sentido en la utilidad social y la seguridad de los ciudadanos, pero además cuentan con otras significaciones próximas a los ritos, de las que aún hoy existen huellas. El agua agrega la masa oscura de sus propios valores; lleva al loco, lo purifica, lo libra a la incertidumbre de su destino, cada viaje es potencialmente el último. Que el rostro de la locura ha perseguido la imaginación y los fantasmas del hombre occidental se puede ver, entre otros elementos, en los cuadros de Brueghel. La Narrentanz, la danza de los locos es un tema que se encuentra en las fiestas populares, en las representaciones teatrales, en los grabados y en la última parte de *Elogio de la Locura*. Para los poetas la locura es un momento duro, pero esencial en la labor de la razón. A través de ella e incluso en sus victorias aparentes, la locura se manifiesta y triunfa. La locura sólo es para la razón su fuerza viva y secreta. En el poema de Brant buena parte de los cantos están consagrados al retrato de los pasajeros insensatos de la Nave: avaros, delatores, borrachos, entregados a la orgía y el desorden. Malos intérpretes de las Escrituras, y autores de adulterio. Cuando se crea el Hôpital Général de París, la significación que el ministro Colbert quiso darle de trabajo obligatorio se convierte en centro de la ociosidad. La fuente de los desórdenes en La Sapetrière y en Bicêtre, es para los hombres de la revolución, la misma: la ociosidad. El remedio, el trabajo. Justamente lo que explicaba la circunstancia de que los seres más extraños estuvieran internados en esos hospitales del barrio latino, locos, prostitutas, vagos, sifilíticos, borrachos, consistía en que todos estaban fuera de la producción. El sentido real del Hospital General no es conformar una centro terapéutico sino un centro de control de la moral de todos los que tenían el rasgo común de estar marginados de la producción. (O abandonados por sus parientes o allegados, como lo pusiera también de manifiesto nuestro mencionado E. Pichon-Rivière).

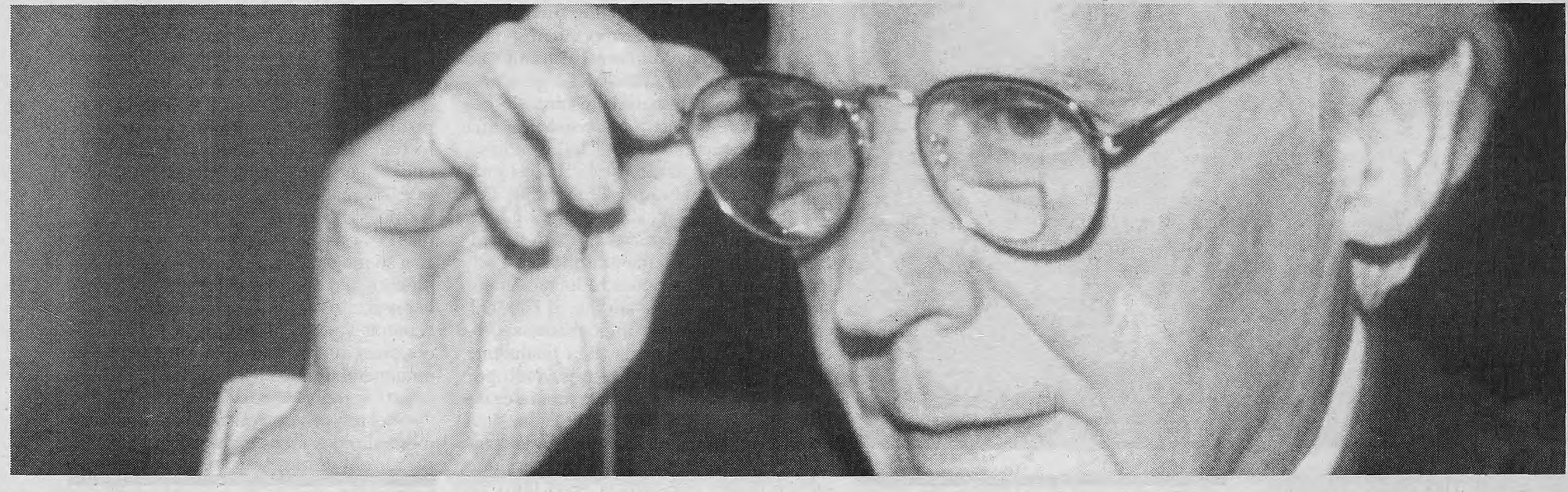
Por esa misma época comienza a formarse la psiquiatría francesa con dos importantes médicos. El primero Philippe Pinel autor del célebre *Tratado médico-filosófico sobre la alienación mental o la manía*. Luego, su discípulo Esquirol invocado en Buenos Aires por el Tribunal que condenara al famoso Santos Godino alias el "petiso orejudo". En su obra *Des maladies mentales (1885)* denuncia el mal trato de los internados en el Hospital General, con este tono: "Yo los he visto desnudos, cubiertos de harapos, no teniendo más que paja para librarse de la fría humedad del empedrado en que están tendidos. Los he visto mal alimentados, privados de aire que respirar, de agua para calmar su sed y de las cosas más necesarias de la vida. Los he visto entregados a auténticos carceleros, abandonados a su brutal vigilancia. Los he visto en recintos estrechos, sucios, infectos, sin aire, sin luz, encerrados en antros donde no se encerraría a los animales feroces que el lujo de los gobiernos mantiene con grandes gastos en las capitales". La idea básica de la que parte Esquirol en otro de sus textos *Des Passions*, es que son éstas, las pasiones el hecho primordial de la alienación mental; idea sobre la cual desemboca también Pinel en su largo y complejo recorrido de la primera edición de su *Traité*. Pero por otro costado del análisis Esquirol llega a una idea capital a la que, por el contrario, nunca se elevará Pinel, quien la rechaza. La idea de que no hay, ni podría haber en la locura pasaje al afuera, al más allá del sentido. Que, a la inversa, hay presencia continua en el sentido del alienado; constante pertenencia de sus hechos y gestos a la esfera del sentido. Detrás de lo que se nos aparece como sinsentido debe haber una razón escondida de la sinrazón, una "idea-madre", según el propio término de Esquirol o el desencadenamiento inicial al cual hay que remontarse para comprender.

Pinel, por su lado, fue nombrado en Bicêtre en 1797 y era miembro de la Asamblea Constituyente, proponiendo en su texto el "tratamiento moral de la locura; autor, además, de la conocida "rotura de las cadenas" de los locos encerrados en la Bastilla ¿En qué consiste este tratamiento? Es lo que el médico debía organizar sobre el medio, más que un tratamiento directamente centralizado en el paciente. El acento lo pone sobre el práctico en su relación con el paciente: autoridad, firmeza, benevolencia y comprensión, son sus consejos, pero evitando toda debilidad y toda pasividad, pues lo importante es no quedar bajo la influencia del loco al que se debe siempre dominar. En su texto, alega: "...es a menudo menos por los medicamentos que por los medios morales, y sobre todo por una ocupación activa que se puede lograr un feliz entretenimiento respecto de las ideas tristes de los melancólicos, o incluso cambiar su encadenamiento vicioso". Sólo cuando hubiese comprobado la insuficiencia de los remedios morales, apelaré entonces a los remedios.

Pinel no excluye utilizar la intimidación contra el alienado, pero no se permite ninguna violencia. En el cap. VIII de su *Tratado*, habla del caso de un joven consternado por la caída del culto católico en Francia y dominado por prejuicios religiosos, quien se convirtió en un maniático, siendo transferido después del tratamiento en el Hôtel-Dieu a Bicêtre. Nada iguala, nos dice, su sombría misantropía. Sólo habla de los tormentos de la otra vida y piensa, que para sustraerse a ellos debe imitar la abstinencia y las maceraciones de los antiguos anacoretas. Se prohíbe toda alimentación y, hacia el cuarto día posterior a esta resolución inquebrantable, su estado de languidez hace temer por su vida. Amonestaciones amistosas, condicionamientos apremiantes, todo resulta en vano. Rechaza con dureza un potaje que se le sirve y separa la paja de su cama para dormir sobre las tablas. Pinel se pregunta: ¿Cómo se podía destruir o contrabalancear sus ideas siniestras si no fuese por la impresión de un temor vivo y profundo? Es en esas circunstancias en que el ciudadano Pussin se presenta una tarde a su habitación, con los ojos revueltos, un tono de voz amenazador, con un aparato adecuado para espantarlo, rodeado de un grupo armado de fuertes cadenas que agitan con ruido. Se coloca el potaje a su lado y se le ordena en la forma más precisa de tomarlo durante la noche so pena de incurrir en los tratamientos más crueles. Luego, se lo deja sometido a sus cavilaciones más profundas, en un estado de fluctuación entre la idea de la punición que lo amenaza y la perspectiva espantosa de los tormentos en la otra vida. Después de un combate interior de muchas horas se impone la primera idea y se decide a tomar el potaje. Luego se lo somete a un régimen para restaurarlo, y el sueño y las fuerzas retornan por grados, como el uso de la razón. De este modo escapa a una muerte segura. Fue durante su convalecencia, añade Pinel, que me hizo a menudo la confesión de sus agitaciones más crueles y de sus perplejidades, durante la noche de la prueba.

En el capítulo IX de su libro, sintetiza sus principios bregando por la combinación de la intimidación con las máximas de dulzura y filantropía a adoptar en los hospicios, evitando caer en la ola (vague) de tratar de un modo general y uniforme a todos los pueblos, y sustituyendo con la institución moral de los alienados en los hospicios, los golpes, castigos corporales y las duchas empleados por otro de los psiquiatras, F. Leuret.

Leuret, era, por su lado el psiquiatra con mayor cuota de mala prensa, antes de caer en el olvido. El personaje que encarnaba en vida era el del doctor malo, de corazón de piedra, sin ninguna concesión a la filantropía. A pesar de su texto *Del tratamiento moral de la locura*, la consideró como la aberración de las facultades de entendimiento, no caracterizada como una enfermedad ordinaria por síntomas físicos, sino por fenómenos extraños a las leyes generales de la materia, entendiendo por tratamiento moral el empleo de los medios que obran directamente sobre la inteligencia y las pasiones de los alienados. En su texto afirma: "No empleéis los consuelos, pues desde 1834 son inútiles; no tengáis recurso a los razonamientos, pues no los persuaden; no seáis tristes con los melancólicos, puesto que vuestra tristeza mantendrá la de ellos; no toméis con ellos un aire de alegría, pues se sentirían heridos. Mucha sangre fría y, cuando sea necesario, severidad. Que vuestra razón sea la regla de su conducta. Una sola cuerda vibra todavía en ellos, la del dolor, tened suficiente coraje para tocarla". Esta "cuerda dolorosa", es la ducha que había encargado hacer vibrar, y que todavía en la lengua popular simboliza el tratamiento de la locura.



Entre la filantropía de Pinel, el programa de la psicoterapia por la persuasión de E. Esquirol, alumno, entre otras cosas de Augusto Comte en L'Ecole Polytechnique de París, y la represión de Leuret existe el recorrido de un largo camino, una tensión que indica, según J. Postel el nacimiento y decadencia de este tratamiento moral.

La locura, es el precio que deben pagar los portadores sanos de la civilización que, paradójicamente, se degrada cada día más en este proceso económico pluricausante de falta de trabajo y no ociosidad, pero al mismo tiempo de stress, melancolía, y alienación. La imagen de una sociedad enferma es sintomática bajo el terror en la tiranía de Rosas y, añadamos, bajo las dictaduras del siglo XX. El terror, como muy bien observara J. M. Ramos Mejía es la palanca más poderosa para despertar todos estos trastornos dinámicos y orgánicos que nutren el cerebro y los demás órganos del cuerpo humano. Como dice Hugo Vezzetti en *La locura en la Argentina*, glosando a George Rosen, ciertos efectos de desorden moral y social que la revolución industrial produce en el ámbito urbano de las naciones avanzadas...plantean indagar las condiciones propias de la moderna vida occidental. *Lo que está en juego no es sólo la psiquiatría.*